

De aquellos tiempos

En el número de la pasada semana, ANCORA publicó un artículo del amigo Descayre. No es ésta la primera vez que nos ponemos frente a frente él y yo sobre algo que en el mismo insinúa; pero esta vez no pretendo, ni por asomo, rebatir nada de lo que extrae de sus recuerdos, antes al contrario, ya que sintiéndome aludido, voy a mirar si aclaro una vez más esto del bautizo de la «Costa Brava», la única costa brava que en su místico amor al terruño, reconoció como tal, el fino poeta gerundense Fernando Agulló, el Pol de «La Veu de Catalunya».

Yo creo, amigo lector, que muchos recordarán los primitivos, «Baños San Telmo», en aquella época que los regentaba el Sr. Donato. Eramos pocos los clientes asíduos a su Bar-Café, pero esos pocos—yo era entonces muy joven y mucho más trapacero que ahora—nos reuníamos, los mayores, alrededor de una mesa cercana a una ventana cara a nuestra playa y paseos. Los más jóvenes, como queríamos deleitarnos con la conversación de los mayores, en otra lo más cercana posible a los hombres de pro, como hubiera dicho Pereda.

Allí aprendíamos de política, de historia local, de casos y cosas, y, algunas veces, sabíamos algo de poesía.

Porque aquella tertulia de los mayores solían formarla hombres de solera tal como José Palahí, Luis Casas, Fernando Agulló, Donato y algún otro que en el transcurso de los años se me ha olvidado muy a pesar mío.

Fernando Agulló, que amaba San Feliu de forma muy entrañable, nos visitaba casi continuamente a pesar de que ya su ciudad de veraneo era la nuestra. En otoño, en invierno, en primavera, un día sí y otro también, lo teníamos entre nosotros. Y su rincón predilecto—como más tarde lo fué de Pompeyo Creuhet— a más de aquella peña de amigos, era la montaña, de San Telmo, como la conocía-

mos entonces, y de la montaña, aquel rincón de Su Ermita.

En aquellas ya lejanas fechas, la Ermita aún no había sido restaurada; por tanto la balastrada actual que la circunda era desconocida y en su lugar, cara a Tossa, existía una pared en la que se había construido algo así como un banco de piedra y ladrillo al final del cual estaba rematado por enorme mojón que, según se nos decía, había servido en tiempos heróicos para encender en el mismo unas hogueras por las cuales se avisaba a los habitantes de la entonces villa de San Feliu de Guixols, de peligros, naufragios, etcétera etc. En la época que yo rememoro, existían señales de unas horquillas de hierro, y un asta que según parece, sirvió, en tiempos más opacibles, para una bandera.

Al otro lado de la Ermita y también colgada de la peña, sobre el mar y cara a Tossa, existía la ya ruinosa vivienda de un viejo ermitaño...

Pues bien, volviendo a la tertulia del Bar-Café de los Baños San Telmo, diré que aún me parece ver que mientras estábamos tomando nuestro habitual café mayores y jóvenes, se abrió de pronto la puerta y se nos presentó Agulló con unos ímpetus extraordinarios, con faz de iluminado y, dirigiéndose nervioso a sus amigos que hacía días no le veían, les espetó, sin más preámbulos, algo parecido a esto.

¿Queréis, amigos míos, ser partícipes en un bautizo de algo que os extrañará pero que para mí es lo más bello, más grande que tiene la costa catalana?

La tarde es a propósito, ese cielo plumizo—estábamos en pleno otoño—esa niebla que todo lo envuelve, ese mar nervioso que estalla en purísimo espuma... ¿Qué venís? Estoy seguro que no os pesará.

Y después de muchas bromas y risas, tres o cuatro de sus amigos—Donato, Casas, Palahí y quizás uno ó dos más—se levantaron y se dispusieron a acompañar al vate para efectuar aquella rara ceremonia que les había propuesto.

Antes de emprender la marcha, fuimos invitados un íntimo amigo mío y yo a acompañarles. Este, no pudiendo eludir ciertas obligaciones, no vino, yo, que para desentrañar misterios era capaz de eludir las todas, tomé el portante y ya me tienen Vds. detrás de aquel grupo de buenos patricios, cubriendo los cien metros en pendientes, cara a la vieja

ermita del Santo hace poco recién restaurado en su altar.

Y allí llegados, nos mete Fernando Agulló en el indicado rincón del banco y del mojón, da vuelta cara a San Feliu, extiende el brazo y, con voz emocionada dice: Fijaos, amigos míos, San Feliu, bajo este velo azulino de la niebla, acunado por esta montaña tan llena de historia, con su inigualable bahía, cuan bello es; corran la vista y más acá de los Baños, las rocas de Santa Rosario, Sang i fetje, les Planetes, els Penjats, Port-Salvi, Punta de Garbi S'Adolix, cala de San Telmo y... esos únicos, incomparables, imponentes veintidos kilómetros de peñascales. ¿No creen Vds. que a ese diorama debería bautizarse como Dios manda y se merece, ya que en toda la Costa no existe nada igual? Esa niebla suave, ese color del mar, esos rojos peñascales, esa espuma de blancor purísimo que producen las olas al romper en los cántiles y playas roqueñas, ¿no merece figure en los mapas con un nombre? Francia lo dió a su Costa Azul, ¿esa, no podríamos llamarla «Costa Brava»?

* * *

Esto es lo que más o menos recuerdo de aquella a lo que en principio no dí mucha importancia. La prensa barcelonesa, a los pocos días, se ocupó, particularmente «La Veu de Catalunya», del sueño ya casi hecho realidad, del poco recordado Pol. Se discutió mucho, pero Fernando Agulló se salió con la suya quedando bautizada para siempre como «Costa-Brava» esa imponente erosión que empieza en el Castellar guixolense y termina en la Vila-Vella de Tossa.

Más tarde, otros fueron adaptandolo con más o menos propiedad, hasta llenar todo el litoral gerundense. Pero conste que lo que bautizó Fernando Agulló fué aquello, lo que le tenía el corazón robado, lo que verán Vds. tanto en días de sol, como entre niebla, chubascos, o tremebundos temporales de levante. Y si no lo creen, súbanse, despacito, hasta el lugar donde dormita solitaria la coquetona ermita de San Elmo y hagan lo mismo que él dijo a sus amigos que hicieran y se convencerán.

P. R. R.

ANCORA

